

BUSCANDO LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA



LOS ejercicios espirituales son una profunda experiencia espiritual, originalmente diseñados para hacerse en treinta días. Muy pronto fueron surgiendo adaptaciones que, guardando las claves fundamentales de la experiencia, pudieran adaptarse a las distintas situaciones del ejercitante. La adaptación más frecuente son los ejercicios de ocho días, en retiro. La adaptación más sorprendente es, sin duda, la de los ejercicios en la vida ordinaria, que permiten al ejercitante hacerlos al tiempo que mantiene su vida laboral y familiar, incorporando un ritmo regular de oración cada día.

Los ejercicios son una experiencia viva y su adaptación es expresión de su actualidad y su capacidad de promover vida espiritual y capacidad de ponerse a la escucha de la acción del Señor en nuestra vida. Otra adaptación, muy frecuente, de los ejercicios espirituales es la que se hace en torno a la Escritura, siguiendo a un evangelista, por ejemplo. Las posibilidades son innumerables, y su acierto va a depender siempre de mantener el esquema propuesto por San Ignacio, lo que él llamaría el «modo y orden».

Con esta inquietud de vincular una experiencia espiritual profunda con la toma de conciencia de los retos ambientales se vienen ofreciendo en la casa de Celorio (Asturias) unos ejercicios inspirados en la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco. Se trata de una experiencia, en primer lugar, espiritual. Francisco apunta un criterio de discernimiento muy preciso para nuestro tiempo. Si en nosotros no reconocemos la preocupación o, mejor aún, el compromiso por la integralidad de la creación, entonces deberíamos mirar con detenimiento de qué tipo de espiritualidad nos estamos nutriendo. Conocemos los riesgos de una espiritualidad que se ve condicionada por factores ideológicos, pero también sabemos de los riesgos de una espiritualidad desencarnada, que nos aísla y que solo busca el leve bienestar de nuestra interioridad.

La experiencia de los ejercicios espirituales de Celorio en clave *Laudato si'* está marcada por varios ejes: la oración, el estilo de vida, la comunidad y el discernimiento. En cierto sentido no tiene mucho de original, seguro que podemos reconocer estos elementos en cualquier



tanda de ejercicios. Y de eso se trata, de tener un encuentro profundo con Jesucristo, pero del que queremos extraer todas sus consecuencias para nuestro tiempo.

La oración es el centro de una experiencia de ejercicios espirituales. Estos son también escuela de oración. En nuestro tiempo de prisas, agendas repletas y estímulos constantes a través de redes sociales y medios de comunicación, sabemos lo complicado que es hacer silencio interior. Y precisamente porque carecemos de él reconocemos, todavía más su importancia. Una ecología integral, como nos propone el papa Francisco, pasa

La experiencia de los ejercicios espirituales de Celorio en clave *Laudato si'* está marcada por varios ejes: la oración, el estilo de vida, la comunidad y el discernimiento.

también por la restauración del sujeto personal. Y sin tiempo para cuidar nuestra interioridad, sin ser capaces de identificar los movimientos, tensiones y luces que habitan en nuestro interior, es una tarea imposible.

La oración en estos ejercicios se dirige primeramente a restaurar nuestra interioridad, seca por lo cotidiano, herida por situaciones complejas de la vida y ensordecida por el ruido que nos envuelve habitualmente. Ir, poco a poco, incorporándonos a una dinámica en la que el silencio ocupe un lugar central es un esfuerzo evidente. Pero es posible. Y así, día tras día, el horario regular, el silencio





que vamos construyendo entre todos y el cuidado de los tiempos concretos de oración van logrando el fruto de pacificar nuestra interioridad y hacernos más conscientes de su importancia para nuestra vida y nuestra fe. La dinámica no es completa si solo se trata de aislarnos físicamente. La oración durante estos días insiste de forma intensa en la aplicación de sentidos, es decir, en poner en juego no solo nuestra capacidad de reflexión y de imaginación, sino también nuestra capacidad para percibir la realidad a través de los sentidos, especialmente la vista y el oído, pero también el tacto tiene una importante contribución que hacer.

En un entorno privilegiado, como Celorio, el recurso a nuestros sentidos refuerza todo este cuidado de nuestra interioridad. No somos una razón oscura, solo centrados en emitir juicios, somos seres sentientes. Aprehendemos la realidad a través de nuestros sentidos, no solo a través del juicio. La «aplicación de sentidos» es un modo de orar muy preciso en los ejercicios espirituales. Se propone en el contexto de las contemplaciones, que son una de las señas particulares de los ejercicios espirituales de San Ignacio. Una contemplación es un modo de orar que conjuga la escucha atenta de la palabra de Dios con una oportunidad para dejar a nuestra imaginación moverse con cierta libertad. Aquí, la contemplación se ve auxiliada por una inmersión en un contexto natural extraordinario. La proximidad al mar, al pie de los Picos de Europa, la exuberancia de un paisaje que en verano ofrece una gama impresionante de colores. La aplicación de sentidos se convierte casi en una necesidad en Celorio.

Se puede reconocer en la encíclica el método de ver-juzgar-actuar. Hay una dinámica interna en el texto. Lo que hacemos es asociar esta dinámica a las «semanas» de los ejercicios. Así, al esquema habitual de estos, siguiendo las cuatro semanas, adaptamos una lectura orante de la encíclica *Laudato sí'*. Los capítulos I, II y III corresponderían a la primera semana. En la segunda semana leeremos el capítulo IV y en tercera semana el



capítulo V. El capítulo VI, y último de la encíclica, titulado *Educación y espiritualidad ecológica*, resuena con la contemplación para alcanzar amor.

El capítulo I, *Lo que está pasando en nuestra casa*, es una descripción en la que se nos invita a «detenernos brevemente a considerar lo que le está pasando a nuestra casa común» (LS 17). «El objetivo no es recoger información o saciar nuestra curiosidad, sino tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar» (LS 19). En el capítulo II, *El evangelio de la creación*, se nos recuerda que a la hora de afrontar la cuestión ecológica «ninguna rama de las ciencias y ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado, tampoco la religiosa con su propio lenguaje» (LS 63). En este capítulo se nos invita a acercarnos a la Escritura, a unas narraciones, a unos relatos cargados de profundo simbolismo que «En estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás» (LS 70). Y por último, el capítulo III: *La raíz humana de la crisis ecológica*. Lo que está sucediendo no es un accidente de la naturaleza, está vinculado con la acción humana: «Hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla. ¿Por qué no podemos detenernos a pensarlo?» (LS 101). Esta reflexión se cierra con el recuerdo de que «la técnica separada de la ética difícilmente será capaz de autolimitar su poder» (LS 136). Pero no está todo condenado, al contrario, «es posible ampliar la mirada y la libertad humana es capaz de limitar la técnica y orientarla y colocarla al servicio de otro tipo de progreso más humano, más social, más integral» (LS 112).

Durante la «segunda semana» de los ejercicios leeríamos el capítulo IV de la Encíclica, titulado *Una ecología integral*. Se trata de una ecología que integra tam-

bién la justicia social: «no hay dos crisis separadas, una ambiental y la otra social, sino una única y compleja crisis socioambiental» (LS 139). Pero esta ecología integral necesita tomar en cuenta que «Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma, que genera un determinado modo de relacionarse con los demás y con el ambiente. Hay una interacción entre los ecosistemas y entre los diversos mundos de referencia social, y así se muestra una vez más que “el todo es superior a la parte”» (LS 141). La ecología integral es el modo creyente de mirar hacia estos retos. Los ecosistemas no son solo fenómenos físicos o químicos aislados, son ámbitos sociales y también de relación de cada uno consigo mismo. Todas estas realidades deben ser tomadas en consideración.

En la «tercera semana» de los ejercicios leemos el capítulo V de la encíclica, titulado *Algunas líneas de orientación y acción*. El capítulo es una toma de conciencia de la complejidad del momento. Ningún grupo, económico, político o social, logrará imponer su visión sobre los demás, pues es un asunto que afecta a la humanidad entera y le afecta ya hoy y en el futuro. Solo será posible encontrar vías de solución si construye un diálogo sincero y honesto a diferentes niveles. Diálogo



que necesita que la política y la economía «se coloquen decididamente al servicio de la vida especialmente de la vida humana [...] ocasión para el desarrollo de una nueva economía más atenta a los principios éticos» (LS 189).

El capítulo VI de la encíclica acompaña de modo muy evidente la «Contemplación para alcanzar amor», con la que concluyen los ejercicios. Es una invitación a reconocer la presencia activa del Creador, nuestra respuesta a este amor es el agradecimiento y el compromiso. «Si “los desiertos exteriores se multiplican en el mundo es porque se han extendido los desiertos interiores”, la

«Una conversión ecológica implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea» *Laudato sí'*.

crisis ecológica es una llamada a una profunda conversión interior [...] hace falta entonces una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial

de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana» (LS 217).

Estas líneas de la encíclica *Laudato sí'* pueden resumir muy bien la experiencia de los ejercicios espirituales que ya han hecho más de cien personas en estos últimos años: dejar brotar todas las consecuencias del encuentro con Jesucristo en las relaciones con nuestro mundo. La fe también se siente cuestionada ante una crisis de tales dimensiones. Y en un encuentro sincero y profundo con Jesucristo, extrayendo todas las consecuencias de ese encuentro en nuestro tiempo, descubrimos una palabra para poder responder.

La experiencia de Celorio es un tiempo intenso de oración, pero también una oportunidad para practicar un estilo de vida austero, en el que el silencio, el disfrute del paisaje y una dieta que limita el consumo de carne y está atenta a la reducción de residuos favorecen el sentido de integración. También un cuidado del grupo, de la comunidad a través de las celebraciones litúrgicas y de la oración compartida, pero también con momentos



en los que podemos descubrir y compartir la creatividad y la diversidad de experiencias con significado social o medioambiental, en las que los participantes ya están comprometidos. El discernimiento personal y comunitario se van tejiendo a lo largo de estos días, surgen muchas intuiciones que luego se van concretando en la vida cotidiana de cada uno y de cada una.

JOSÉ IGNACIO GARCÍA, SJ
Director de Cristianismo i Justicia